

Sonetos de Shakespeare

(LA PRIMERA SERIE)

I

A los seres hermosos deseamos descendencia :
La flor de la belleza así no es transitoria,
Y cuando el tiempo marca al fin su decadencia
En sus tiernos retoños renace su memoria.

Mas tú sólo te miras en tus brillantes ojos
Y con tu misma leña alimentas tu llama,
Y pues tu gran tesoro conviertes en despojos,
Tu ser así enemigo de tu ser, se proclama.

Tú, que eres del mundo el más bello ornamento
Y el heraldo que envía Primavera propicia,
En tu propio capullo entierras tu ardimiento,
Y al gastar como un rústico, muestras solo avaricia.
Oye al fin a Natura, pues ella que es golosa,
Reclamará su parte hasta en tu misma fosa.

II

Cuando cuarenta inviernos asedien tu cabeza
Y en hondos surcos marquen su paciente trabajo,
Tu juvenil librea de admirada belleza
Ya indigna de ostentarse será sólo un andrajo.

Y al preguntarte entonces dónde está tu hermosura
Y dónde tu tesoro de tus días de gloria,
Decir que de tus ojos en la caverna obscura,
Sería vil engaño y vana laudatoria.

¡ Cuánto mejor encomio de tu belleza fuera
Que responder pudieses : « es prenda este hijo mío,
Que hace excusar mis años y que mi amor sincera »,
Pues en él se mostraran tu gracia y poderío !
Así en tu decadencia tu ser renovarías
Y al enfriarse tu sangre, nuevo calor habrías.

III

Mira tu espejo y dile a la imagen fijada
Que es hora que otra imagen forme tu amor fecundo;
Si no lo haces, tu imagen no será renovada,
Y habrá una madre menos, que robarás al mundo.

¿Pues dónde se halla aquella beldad de inculto seno
Que el cultivo te niegue de su campo aun salvaje?
¿O aquél de sí prendado, que de su amor sin freno
Quisiera ser su tumba matando su linaje?

Tú eres el espejo de tu madre, armonía
En que ella ve de nuevo de su Abril el tesoro,
Y así tras las ventanas de tu vejez un día,
No obstante tus arrugas, verás tu edad de oro.
Mas si no perpetuarte fuera en ti vanagloria
Morirían contigo, tu nombre y tu memoria.

IV

Derrochas tu hermosura, pero ¿por qué inclemente
En tu propio ser gastas de tu gracia el legado?
Dones no da Natura, los presta solamente
Y sólo a quien como ella liberal se ha mostrado.

¿Por qué, pues, egoísta malogras la fortuna
De dones, que al brindarte, a darlos te convida,
Y con usura guardas, mas sin ventaja alguna
Esa suma de sumas y no vives la vida?

Pues al tener comercio tan sólo tú contigo
Has de sentir hastío de todo lo que tienes,
Y al llevarte Natura, para tu cruel castigo,
¿Podrás en testamento disponer de tus bienes?
Fenecerá contigo tu infecunda hermosura,
Ella, que hubiera sido tu albacea segura.

V

Las mismas dulces horas que en un trabajo lento
Formaron la belleza que admira el ojo humano
Cual implacables déspotas harán que tal portento
Pierda el encanto un día que hoy luce soberano.

Pues incansable el tiempo, conducirá al estío
Hacia el horrible invierno por que en sus manos muera ;
No habrá vigor la savia, las hojas por el frío
Caerán todas, reinando desolación doquiera.

Si entonces no se salva la gota destilada
Por el estío, en medio de muros cristalinos,
Se verá a la belleza por siempre aniquilada
Muriendo hasta el recuerdo de sus dones prístinos.
Mas la flor fecundada que el invierno consume
Las hojas pierde y deja en otras su perfume.

VI

No dejes, pues, que mate del invierno la mano
Tu estío, sin que hayas transmitido tu esencia
Y guardes en un cáliz tu tesoro galano ;
Que por sí, tu belleza no ultime su existencia.

No es usurario el rédito, pues sienten gran ventura
Los que dichosos pagan tal préstamo oportuno ;
Al hacerlo otro al punto consigues sin usura
Y más feliz diez veces si obtienes diez por uno.

Y tú diez veces hecho, aún más serás que eres
Si cada cual diez veces hiciérate de nuevo :
¿Y cómo morirías, si al fin cuando partieres
Viviente perduraras en cada fiel renuevo?
¡Que tu esplendor no sea de la muerte la presa
Ni hagas que los gusanos te hereden en tu huesa !

VII

Quando álzase graciosa del Sol en el Oriente
La radiante cabeza, aquí abajo los ojos
Saludan esa nueva aparición fulgente
La majestad siguiendo de sus destellos rojos.

Y cuando el Sol alcanza del cielo la alta cima
Cual vigoroso joven que en plenitud se hallara,
Aún a las miradas la adoración anima
Y rendidas lo escoltan en su marcha preclara.

Mas cuando de su altura en su pesado carro
Cual hombre ya sin fuerzas desciende con el día,
Los ojos se distraen pues su esplendor bizarro
Perdióse, aunque en el cielo fulgure todavía.
Así tú, hacia el ocaso caerás en el olvido
Si en el alma de un hijo no hubieres renacido.

VIII

Tú que eres cual la música, ¿la música rechazas?
Los goces no se excluyen, y unidos son más fuertes.
En lo que no te es grato ¿por qué así de solazas,
Y lo que causa enojos en un placer conviertes?

Si el amable concierto que realizan concordes
Las notas al unirse, disuena en tus oídos,
Es que ellas te reprochan que niegues tus acordes
En el total conjunto de los demás sonidos.

Mira cómo una cuerda a las otras se une
Y al vibrar mutuamente demuestran su armonía,
Cual padre que a la madre y al hijo se reúne
Para cantar unánimes la misma melodía :
Romanza sin palabras que entona un solo acento
Repetiendo : « tú nada serás en tu aislamiento ».

IX

¿Por evitar las lágrimas que una viuda virtiera
Tú mismo te consumes en soledad ociosa?
Ah! si a morir llegaras sin un hijo siquiera
Te llorará la tierra como a su amor la esposa.

Tu viuda será ella ; llorará sin consuelo
De que al irte, tu imagen aquí no hayas dejado,
Mientras habrá otras viudas que tendrán en su duelo
En los ojos de un hijo la imagen de su amado.

Escucha : lo que un pródigo derrocha en esta vida
Cambia sólo de dueño y de ello el mundo goza,
Mas derrochar belleza es darla por perdida
Y el poseedor no usándola por siempre la destroza.
Amor por ser alguno alienta en su egoísmo,
Quien crimen tal comete aún contra sí mismo.

X

¡Qué oprobio! Negar debes que amor por alguien sientes
Pues eres aún contigo a tal punto implacable;
Con el amor de muchos admitamos que cuentas
Mas que no amas a nadie es también innegable.

Tal odio sanguinario te consume y abrasa
Que contra tí conspiras y es ello tu recreo,
Buscando así la ruina de ésa tu insigne casa
Que ilustrar más debiera ser tu vivo deseo.

¡ Oh ! tu designio cambia y cambiará mi juicio.
¿ Darás asilo al odio y no al amor fructuoso ?
Sé gentil en tus actos cual tu exterior propicio
Y para ti a lo menos ten corazón piadoso.
Renuévate, lo pide de mi amor la firmeza ;
Que por ti en tu progenie perdure la belleza.

XI

Así que tú declines surgirás renovado
En un ser de tu sangre, que será cual tú has sido.
Y esa sangre que joven habrás así otorgado
Será tuya cuando hayas la juventud perdido.

Merced a ello existen saber, belleza y frutos ;
Lo contrario es la muerte, la decadencia fría ;
Si te imitaran, cuenta del Tiempo los minutos
Y en sólo en sesenta años el mundo acabaría.

Que aquel ser que no aumenta de Natura la gracia,
El ignaro o deforme, estéril muera al cabo.
Pues sus dones al darte no se mostró rehacia,
Prodígalos que haciéndolo no sufres menoscabo ;
En ti de su grandeza, puso Natura el sello :
Pónlo a tu vez y sálvese así ejemplar tan bello.

XII

Cuando oigo dar las horas que el tiempo cruel decreta,
Y veo el bello día en negra noche hundido,
O miro cual se inclina una mustia violeta
Y las obscuras ramas que el tiempo ha emblanquecido,

Cuando sin hojas veo los árboles que antes
Como un dosel brindaban protección al ganado,
Y el verdor del estío en gavillas, colgantes
Sus barbas blanquecinas, en un carro llevado,

Entonces hasta dudo de tu misma belleza
Que ha de llevarse un día el tiempo inexorable
Pues que al fin se aniquilan esplendor y riqueza
Al ganar otros seres su vida deleznable.
Tan sólo ha de librarte del Tiempo y su guadaña
Tu pro genie que un día desafiará su saña.

XIII

Ah ¡ si fueras tú el dueño de tu ser, amor mío !
Mas serás lo que eres tan sólo mientras vivas,
Del principio defiéndete de ese final sombrío,
A otro ser transmitiendo tus gracias atractivas.

Así la real belleza que tienes de prestado
Será eterna, y tú mismo tendrás nueva existencia
Aun después que hayas el mundo abandonado,
Cuando tus formas luzca tu hermosa descendencia.

¿Quién decaer dejara casa tan noble y rica
Cuando puede su esmero conservar la aún más fuerte
Contra el cierzo y la lluvia que el invierno fabrica
Y la impotente rabia del frío de la muerte ?
Un pródigo tan sólo. Cual tú un padre has tenido,
Que te dé un hijo tuyo tal nombre bendecido.

XIV

No aprendí en las estrellas ciencia ni gracia alguna
Y tengo según creo mi propia astrología,
Mas no anuncia la buena ni la mala fortuna
Ni el tiempo, ni los cambios que él sufre cada día.

Ignoro de la suerte los variables matices
Y a nadie anunciar puedo su lluvia ni su viento,
Ni menos si los príncipes serán o no felices,
Ni sé decir del cielo los presagios sin cuento.

Mas leo en tus pupilas que brillan encendidas,
Y son estrellas fijas en que mi fe se funda,
Que han de crecer belleza y virtud siempre unidas
Si de tí a tiempo haces la reserva fecunda.
Y que si tal no hicieres también leo y predigo
Que virtud y belleza perecerán contigo.

XV

Cuando pienso en que todo lo que tiene existencia
La perfección no alcanza sino por un instante
Y tal supremo estado es sólo una apariencia
Que de los astros se halla bajo la acción constante,

Cuando contemplo al hombre cual las plantas creciendo
Y bajo el mismo cielo loado o abatido,
Ya por su savia alzándose, ya de lo alto cayendo,
Pues de su vigor usa sin sentirlo perdido,

La idea que me asalta de este tránsito breve,
Te muestra ante mis ojos radiante hasta el derroche.
Mientras combate al tiempo la decadencia aleve
Por hacer de tus días de brillo, horrible noche.
Y en guerra con el tiempo por tu amor encendida
Mientras él está lejos, te infundo nueva vida.

XVI

¿Pero por qué no eliges una vía más ancha
 A fin que el cruel tirano, el tiempo no te oprima,
 Y para tu crepúsculo no buscas tu revancha
 Con recursos más bellos que mi árida rima?

Estás hoy en la cúspide de tus días mejores
 Y jardines hay vírgenes y llenos de recato
 Que ofrendarte desean sus más vividas flores,
 A ti más semejantes que tu mismo retrato.

De la vida los frutos te darán nueva vida
 Y tu interior belleza perdurará en el mundo
 Lo mismo que la externa, que no hicieran cumplida
 Ni el lápiz del artista, ni mi verso infecundo.
 Y te habrás conservado para siempre así al darte,
 Viviendo eterna vida, por obra de tu arte.

MARIANO DE VEDIA Y MITRE.

Nota. — Entre las más destacadas obras del gran dramaturgo y poeta inglés figurará siempre su colección de 154 sonetos. El verdadero carácter de esos sonetos, su exacto sentido y hasta la intención misma que animó al autor en muchos de ellos, constituyen otros tantos enigmas. Es copiosa la bibliografía que existe y que se ha inspirado en el propósito de descifrar tales enigmas. Gerard Massey, Malone, Strauden, el marqués de Dos Hermanas, Francisco María Victor Hugo, Oscar Wilde, Lucifero Darchini, Sir Denys Bray, Abel Doysié, George Brandes, Sir Sidney Lee, G. de Lorenzo, S. Butler, Tucker, Arthur Acheson, Frank Harris, Friedrich Theodor Dilcher, H. T. S. Forrest, enumero así, en tropel, y muchos más, han tratado el interesante tema, intentando arro-

jar un poco de luz en el misterio. Aumentó aún ese misterio el primitivo editor de los sonetos, Thomas Thorpe, quien dedicó la publicación en estos términos. «Al único inspirador de estos sonetos, el señor W. H., a quien toda felicidad, y la eternidad que le prometía nuestro poeta inmortal, le desca el voto más sincero de quien aventura esta publicación». ¿Quién era Mr. W. H.?

Hace algún tiempo se publicó un estudio del erudito escritor Fitzmaurice-Kelly en que rozaba algunas de esas cuestiones que los sonetos sugieren, y especialmente destinado a sacar deducciones sobre Mary Fytton, dama de honor de la reina Isabel y persona de la intimidad del conde de Penbroke, Willian Herbert, cuyas iniciales coinciden con las de la dedicatoria del editor Thorpe. Algunos escritores han considerado por ello que muchos de los sonetos fueron escritos para el conde y respecto a Mary Fytton. Como el mencionado estudio lo consigna, tal hipótesis está hace mucho tiempo abandonada, y la mayoría entre los que han estudiado los sonetos, se inclina a considerar que las iniciales de la dedicatoria están invertidas y corresponde así al conde de Southampton, amigo íntimo y protector del poeta, y que una gran parte de los sonetos se hallan inspirados por Isabel Vernon, a quien el conde amaba y también Shakespeare.

Pero como antes decimos, no sólo lo que respecta a la persona que inspiró tan hermosa serie de poesías aparece obscuro y misterioso.

Es evidente que el orden de los sonetos no es el que corresponda a su sentido, ni aun a los mismos asuntos que tratan. El editor cambió caprichosamente el orden que correspondía y que en principio le dió el autor, pero no sin responder a un propósito, el de que no quedara perfectamente en claro la existencia de un verdadero poema, en el cual los sonetos tuvieran un sentido preciso. Muchas razones militaban para ello, especialmente de carácter político, pues el conde de Southampton había sido objeto de persecuciones por el gobierno de Isabel, quien llegó a encarcelarlo en la Torre de Londres; ello sea dicho en el concepto de aceptar como exacto que a él corresponda la misteriosa dedicatoria de que antes se ha hecho mención. Por lo demás, el soneto que lleva en la edición inglesa el número 26, es indiscutiblemente una dedicatoria del autor (a ¿Mr. W. H.?) y por lo tanto debió encabezar la serie. Shakespeare usa además y con mucha frecuencia en todo el poema, expresiones ambiguas que aumentan las dificultades para la inteligencia del mismo. En este sentido, toda traducción es de por sí una tentación de interpretación.

Como lo ha dicho Victor Hugo en la introducción a la versión francesa de los sonetos, de su hijo Francisco María: «Shakespeare est un des poëtes qui se defendent le plus contre le traducteur. La vieille violence faite a Protée

symbolise l'effort des traducteurs. Saisir le génie, rude besogne, Shakespeare échappe : il faut le poursuivre. Il échappe par l'idée, il échappe par l'expression. »

El autor de esta traducción, nada de ésto lo ha echado en olvido. Ha traducido los sonetos conservando por lo demás, fielmente, la combinación estrófica de Shakespeare. Sus sonetos no tienen la arquitectura de los de Petrarca consistentes en dos cuartetos en forma de redondillas, con rima repetida en ambas y dos tercetos finales. Sus sonetos constan de tres cuartetos de rima alterna perfecta, con dos versos pareados al final que resumen toda la idea de la composición. El título de *primera serie*, a los que ahora se publican, se halla justificado en primer término porque su numeración es corrida en el original, y además, porque a diferencia de lo que ocurre en el conjunto, estos diez y seis sonetos guardan tal correlación entre sí, que constituyen el desarrollo de un mismo pensamiento. La mayoría de los « Scholars » los consideran una primera serie completa.

Entre los enigmas que los sonetos ofrecen está, como antes se indica, el de que constituyan o no un poema y hayan sido o no inspirados por una sola persona. Es evidente que muchos de los sonetos están dirigidos a una mujer y muchos más a un hombre. Pero hay muchos también en que no existe siquiera la indicación del sexo. En inglés los adjetivos no tienen género, y el artículo que se antepone a los nombres es común como lo es el nombre mismo. Al hacer la traducción ha sido necesario conservar en el caso, esta indeterminación del género, lo que ha obligado a vencer no pocas dificultades, en que no se han parado los traductores españoles, así como tampoco los franceses o italianos. Si el autor de esta versión poética no las hubiera vencido con eficacia, habría tenido la preocupación de hacerlo, por lo menos, lo que lo ha llevado a resolver el punto como queda indicado, en cuanto a la cuestión gramatical se refiere.

M. V. M.